

*La «invención» de la tradición socialista**

La historia del PSOE y el XXVII Congreso (mayo-diciembre de 1976)

Juan José de la Fuente Ruiz

Universidad de Salamanca

Fecha de aceptación definitiva: 16 de septiembre de 2011

Resumen: Entre mayo y octubre de 1976 el PSOE (*renovado*) apeló a la *Historia* para afirmar su autonomía y reforzar su identidad, en un momento en el que grandes transformaciones en el partido —y en la propia sociedad española— habían debilitado los modelos sociales para los que fueron diseñadas las «viejas» tradiciones. Los dirigentes socialistas buscaron de entre sus antepasados políticos tipos ideales de liderazgo, figuras arquetípicas que fuesen útiles a los propósitos presentes del partido. Cuando el 5 de diciembre de 1976 se inició el XXVII Congreso del PSOE, el primero celebrado en España tras la larga dictadura, y al que se ha tachado de ser el más «radical» de la historia del socialismo español, desde *El Socialista* se había reconstruido, sin embargo, la «memoria» del partido sobre las bases de la moderación y el pragmatismo.

Palabras clave: socialismo, Partido Socialista Obrero Español (PSOE), 1976, transición a la democracia, marxismo.

Abstract: Between May and October 1976, the re-born Spanish Socialist Workers' Party (renovated sector) called upon *History* in order to affirm its independence and reinforce its identity at a time when the great transformations taking place within the party (and within Spanish society as a whole) had actually weakened the social patterns for which the «old» traditions had been designed. The Socialist directive searched amongst their political predecessors for role models of leadership, archetypal figures that might be useful for the contemporary purposes of the party. The 5th December 1976 saw the opening of the 27th Congress of PSOE, the first to be celebrated in Spain after the long dictatorship; it has also been labeled the most «radical» in the history of Spanish Socialism, and yet even within the pages of *El Socialista* (the PSOE's official journal), the «memory» of the party had been reconstructed upon the foundations of moderation and pragmatism.

Key words: socialism, Spanish Socialist Workers' Party (PSOE), 1976, transition to democracy, Marxism.

* Este artículo fue confeccionado en 2010, mientras su autor disfrutaba de una beca de Formación del Profesorado Universitario otorgada por el Ministerio de Educación y Ciencia español. El título del artículo está inspirado en HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence (eds.): *The invention of Tradition*, Cambridge y New York, Cambridge University Press, 1989.

Los partidos modernos que aspiran al éxito necesitan mantener un pie —aunque sólo uno— sólidamente plantado en el pasado.

DONALD SASSOON¹.

Entre los meses de mayo y diciembre de 1976 se sucedieron las declaraciones de los dirigentes del PSOE, que hostigaban al resto de partidos, y muy especialmente a los otros grupos socialistas, para que, «en estos momentos de confusión que vivimos en España», «cada partido defina su identidad, como lo hace el PSOE, que se declara un partido marxista, democrático, federal, autogestionario, internacionalista, de clase, de masas, y que tiene como objetivo la conquista del poder político»². Desde octubre de 1974, en que se celebró en Suresnes el XIII Congreso del PSOE en el exilio³, se había hecho un esfuerzo consciente por «redefinir» la identidad política e ideológica del Partido Socialista. Este esfuerzo culminó en el siguiente congreso, el número XXVII (diciembre de 1976), el primero celebrado en España tras la larga dictadura franquista, y al que se ha tachado de ser el más «radical» de la historia del socialismo español⁴.

En su intervención ante el XXVII Congreso, el joven Primer Secretario del PSOE, Felipe González —arropado por los aplausos y los gritos de dos millares de delegados y militantes socialistas que, con los puños en alto, coreaban su nombre—, declaró que la situación actual del partido exigía «serenidad», exigía asumir «el pasado para superarlo, no para anclarnos en él»⁵. Y, a continuación, tras asegurar que el PSOE asumía plenamente su «larga y honrosa historia» —«con todo lo que ella ha comportado de aciertos y errores»— y volver a recordar que se imponía «la necesidad de una reflexión profunda sobre la identidad del Partido, en un momento histórico en que la expresión socialista se utiliza desde los más variados

¹ SASSOON, Donald: *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001, pp. 612 y 613.

² Declaraciones de Felipe González al diario *Informaciones* (16-VIII-1976); «Escuela socialista en El Escorial», *El Socialista* (25-VIII-1976), p. 7.

³ El XXVI Congreso del PSOE corresponde al número XIII de los celebrados en el exilio durante la dictadura del general Franco.

⁴ BUSTELO, FRANCISCO: *La izquierda imperfecta. Memorias de un político frustrado*, Barcelona, Planeta, 1996, p. 108; Alfonso Guerra en BURNS MARAÑÓN, TOM: *Conversaciones sobre el socialismo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, p. 133; GILLESPIE, RICHARD: *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza, 1988, p. 337; SHARE, DONALD: *Dilemmas of Social Democracy. The Spanish Socialist Workers Party in the 1980s*, New York y Londres, Greenwood Press, p. 40.

⁵ GUERRA GONZÁLEZ, ALFONSO (ed.): *XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español*, Barcelona, Avance, 1977, p. 19. Para el ambiente en el que se desarrolló el congreso, véase del mismo autor: *Cuando el tiempo nos alcanza. Memorias (1940-1982)*, Madrid, Booket, Espasa Calpe, 2005, pp. 225-227; y «El PSOE marca su política de futuro», *El País* (7-XII-1976).

ángulos y con los más diversificados propósitos», Felipe González ofreció a su entusiasta audiencia un «análisis sosegado de nuestra tarea hasta hoy, de la situación económica, social y política de nuestro país, y de lo que debe ser nuestro partido en este momento histórico»⁶. Este empeño por definir lo que el PSOE «debía ser», la obsesión de algunos dirigentes socialistas por mostrar en todo momento y con cualquier pretexto las señas de identidad del partido, las continuas alusiones a la «larga y honrosa historia» del socialismo español, tenían como propósito declarado «reivindicar en exclusiva la tradición socialista»⁷. Puesto que únicamente el PSOE (*renovado*) podía considerarse —pensaban la mayoría de sus dirigentes—⁸ heredero directo del Partido Socialista nacido hacía ya casi un siglo, y que había desempeñado un papel tan relevante durante la Segunda República, era su deber asegurar esa herencia que les pertenecía por derecho propio contra el expolio de *falsos* socialismos.

Pero el PSOE de finales de 1976 tenía poco que ver, a pesar de la «continuidad histórica» que constantemente le atribuían muchos líderes socialistas y la mayoría de sus militantes y simpatizantes, con el PSOE de los años treinta: era un partido pequeño —unos 10.000 militantes—⁹, débil —aunque bien relacionado con las figuras más relevantes de la Internacional Socialista—, que se había escindido en dos mitades cuatro años antes y al que disputaban el nombre de socialista un rosario variopinto de organizaciones. Según una información del diario *El País*, además de *históricos* y *renovados* —los dos grupos en los que se había dividido el partido en 1972—¹⁰, a principios de 1977 existían «once organizaciones asentadas en las nacionalidades y regiones que se agrupan en la Federación de Partidos

⁶ GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso del...*, *op. cit.*, pp. 19-20, 42 y 48.

⁷ JULIÁ, Santos: «Socialista», en J. Fernández Sebastián y J. F. Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, p. 1115.

⁸ Según Francisco Bustelo —que había dimitido en enero de 1976 de la Ejecutiva socialista por discrepancias con Alfonso Guerra (Secretario de Prensa y director del periódico del PSOE, *El Socialista*) y que después encabezó, junto con Pablo Castellano, el llamado sector *crítico* (dentro del partido)—, «salvo que el socialismo se entienda como finca heredada sobre la que se tienen inequívocos derechos de propiedad, la rica herencia del socialismo español es *para todos los socialistas* del Estado español», BUSTELO, Francisco, PECES-BARBA, Gregorio, VICENTE, Ciriaco de y ZAPATERO, Virgilio: *PSOE. Partido Socialista Obrero Español*, Barcelona, Avance, 1976, p. 77.

⁹ El PCE no debía de tener muchos más militantes, mientras que la Liga Comunista Revolucionaria, un partido *marginal* de extrema izquierda, fundado tan sólo hacía seis años por activistas del FLP-FOC y en la que ingresaron miembros de ETA(IV) en 1973, contaba nada menos que con 3.500 militantes. Cf. JULIÁ, Santos: *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 227; «La LCR sale a escena», *Triunfo* (25-IX-1976), p. 15; ESTEBAN, Jorge de y LÓPEZ-GUERRA, Luis: *Los partidos políticos en la España actual*, Barcelona, Planeta, 1982, p. 116.

¹⁰ Sobre la escisión del PSOE, véase PEYDRÓ CARO, Miguel: *Las escisiones del PSOE y los reintentos de unificación*, Barcelona, Plaza y Janés, 1980, pp. 51 y ss.; MARTÍNEZ COBO, Carlos y MARTÍNEZ COBO, José: *La segunda renovación. Intrahistoria del PSOE*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991, vol. IV, pp. 133 y ss.; MATEOS LÓPEZ, Abdón: *El PSOE contra Franco. Continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974*,

Socialistas», aparte de varios colectivos que se autodenominaban socialdemócratas y del Partido Socialista Popular de Tierno Galván¹¹. Esta dispersión de las siglas socialistas en diversos grupos «rivales» era uno de los principales quebraderos de cabeza de la ejecutiva del PSOE, especialmente de los *sevillanos*, Felipe González y Alfonso Guerra, que, según Pablo Castellano —el cual había dimitido como Secretario Internacional del partido en abril de 1975—, «se consideraban seriamente, de una manera mesiánica y sectaria, los verdaderos socialistas»¹². Del mismo modo que consideraban al PSOE (*renovado*) el legítimo (y exclusivo) heredero del partido fundado por Pablo Iglesias cien años atrás. Por eso, según proclamó Felipe González en agosto de 1976 en la *Escuela de Verano* del partido, el PSOE no tenía que «buscar nuevas identidades». El PSOE no había nacido:

Ahora de un grupo político que quiere aprovechar las postrimerías de la dictadura o la transición a la democracia para aflorar con posiciones oportunistas o respetables. Es una organización que ha sido capaz de superar periodos de lucha clandestina y de lucha democrática, que ha expresado como ningún otro los intereses de los desposeídos a lo largo de decenios y decenios¹³.

Así, «conscientes» de que representaban «una continuidad histórica en la lucha por las libertades individuales y colectivas», los socialistas pensaron que lo único que tenían que hacer era «presentarse ante el pueblo español asumiendo su propia historia, su verdadera identidad y, al mismo tiempo, mostrando su facultad renovadora»¹⁴. Y en diciembre de 1976 aprovecharon la oportunidad que les brindaba la celebración en España por primera vez desde hacía más de cuarenta años de un congreso del partido.

El xxvii Congreso —que se inició diez días antes de que la Ley para la Reforma Política de Suárez fuese sometida a referéndum—¹⁵ cerró una etapa en la historia

Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, pp. 433-444; JULIÁ, Santos: *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 405-413.

¹¹ *El País* (13-I-1977). En Cataluña, según José González, había en esos momentos «nueve organizaciones [socialistas], aparte de dos grupos de independientes o intelectuales, y con la particularidad de que el Partido Comunista en Cataluña también se llama Partido Socialista. Es decir, en realidad contamos con doce o trece grupos constituidos», GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe, REDONDO, Nicolás, PECES-BARBA, Gregorio, BOYER, Miguel y GUIDONI, Pierre: *Socialismo es libertad. Escuela de Verano del PSOE 1976*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976, p. 284.

¹² BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el...*, op. cit., p. 232.

¹³ Entrevista a Felipe González en el diario *Informaciones* (16-VIII-1976); GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe, REDONDO, Nicolás, PECES-BARBA, Gregorio, BOYER, Miguel y GUIDONI, Pierre: *Socialismo es libertad...*, op. cit., p. 48; GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe y GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Partido Socialista Obrero Español*, Bilbao, Ediciones Albia, 1977, p. 10.

¹⁴ Discurso pronunciado el 26 de julio de 1977 por el Secretario General del PSOE ante el Congreso de Diputados, en GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Socialismo es libertad (y Notas para una biografía)*, de Antonio GUERRA, Barcelona, Galba Ediciones, 1977, p. 233.

¹⁵ La Ley para la Reforma Política fue el instrumento jurídico que permitió articular la transición española del régimen autoritario del general Franco a un sistema constitucional democrático. Véase POWELL,

del partido en la que se había hecho un esfuerzo formidable por «reconstruir» —«definir», en palabras de sus máximos dirigentes— la identidad socialista, vertiendo vino añejo en odres nuevos. Se edificó sobre las bases «históricas» del partido un nuevo PSOE, más acorde con los tiempos, cuyos líderes, a pesar de revestir su discurso con un ropaje marcadamente «radical», «estaban conectados con el general espíritu de moderación» del momento¹⁶. El xxvii Congreso implicó un acto formidable de propaganda, de «representación». El drama que se puso en escena se titulaba «Socialismo es libertad» (el lema del congreso). De la dirección y producción teatral se encargó Alfonso Guerra, asistido por su *Instituto de Técnicas Electorales*¹⁷. El empresario de la compañía fue Felipe González, el joven y ya entonces carismático Primer Secretario del partido. Las estrellas invitadas, lo más granado del socialismo europeo: Willy Brandt, Olof Palme, Pietro Nenni, Bruno Kreisky, Michael Foot, François Mitterrand... El actor principal, el PSOE (*renovado*), único y «legítimo» heredero —según sus máximos responsables— de la «larga y honrosa» tradición socialista española. La moraleja que el público debía extraer de la representación: el PSOE, ese «nuevo y viejo partido» —que ha sabido adaptarse como ningún otro al espíritu de los tiempos, pero que, al mismo tiempo, ha conservado intacto su legado centenario—, era el único partido verdaderamente capacitado —por razones éticas, por razones históricas, y hasta por razones prácticas— para guiar a los españoles hacia una nueva sociedad, una sociedad «más justa»: la «sociedad socialista»¹⁸. Así, el xxvii Congreso fue diseñado por los «tácticos» del partido como plataforma de «lanzamiento y proyección» del PSOE, al mismo tiempo que se le arrojó una misión pedagógica: «va a ser también un paso más en el proceso de formación política del pueblo español. Porque va a mostrar cómo funciona la democracia en la práctica, va a demostrar que los socialistas están habituados a la práctica democrática». En definitiva, el congreso se ponía como modelo de funcionamiento democrático, del mismo modo que el PSOE, «imagen perfecta de la democracia en su estructura interna y en su historia», se ponía como modelo de comportamiento ético-político para la sociedad española. No en vano, el PSOE —repetían incansablemente una y otra vez sus dirigentes— era el único partido que podía «garantizar las libertades una vez conquistadas»,

Charles: *España en democracia, 1975-2000. Las claves de la profunda transformación de España*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, pp. 164-171.

¹⁶ MARTÍN VILLA, Rodolfo: *Al servicio del Estado*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 68.

¹⁷ La comisión organizadora del congreso, presidida por Guerra, estaba integrada por Myriam Martínez, Carmen García Bloise, Carmeli Herмосín, Helga Soto, Manuel Marín, Javier y José Félix Tezanos, Julio Feo, Roberto Dorado, Pilar Vázquez y Carlos Seijo, GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso del...*, *op. cit.*, p. 9.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 14 y 46.

porque «constituye un ejemplo excepcional [de práctica democrática] dentro del conjunto de las organizaciones políticas del Estado español»¹⁹.

La historia del PSOE: sus orígenes marxistas

Si en diciembre de 1976 el xxvii Congreso sirvió al PSOE como plataforma de lanzamiento al mundo exterior, entre los meses de mayo y octubre se pusieron las bases que iban a preparar al partido (psicológicamente) para tal lanzamiento. El 25 de mayo de 1976 empezó a aparecer en el periódico del PSOE, *El Socialista*, dirigido por Alfonso Guerra, una nueva sección en la que se desgranaría, en once entregas, la historia del partido, desde sus orígenes hasta la actualidad²⁰. Evidentemente, semejante hecho no era fruto de ningún tipo de inquietud historiográfica. Los desvelos de la dirección del periódico socialista respondían a preocupaciones más terrenales, aunque no menos importantes, desde un punto de vista estratégico. Ante la llamada desde la dirección del PSOE al resto de partidos —y especialmente a aquellos que hiciesen uso del término socialista en sus siglas— para que definieran su identidad, *El Socialista* se impuso la tarea de establecer la «correcta» línea del partido —es decir, la ortodoxia destinada a ser absorbida por todos los socialistas— respecto a sus casi cien años de historia. No se trataba, por tanto, de realizar un ejercicio académico de erudición historiográfica, ni siquiera de lanzar una mirada nostálgica hacia el pasado, sino que se sentía un impulso irresistible por «conectarse con un pasado histórico» que les fuese «adecuado». Las necesidades tácticas del presente impusieron, pues, la tarea de «reorganizar los restos del pasado», en una maniobra de «invención» de la tradición socialista —destinada, sobre todo, al consumo interno del partido—. En la busca de arquetipos útiles, de nuevo, se usaba «la historia como legitimadora de la acción [del presente] y cimienta de la cohesión del grupo»²¹.

Entre mayo y octubre de 1976 el PSOE volvió sobre las huellas de la tradición para afirmar su autonomía, su identidad, en un momento en el que grandes transformaciones en el partido —y en la propia sociedad española— habían debilitado

¹⁹ «El xxvii Congreso del PSOE», *El Socialista* (10-25-IX-1976), p. 3; «La alternativa socialista», *El Socialista* (25-IX-1976), p. 8.

²⁰ Un precedente interesante, en su versión sindicalista, lo constituye la presentación de la historia de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza (de la UGT) en el congreso celebrado entre los días 19 y 21 de marzo de 1976 en Cádiz; Cf. FETE (UGT): *La UGT y la enseñanza. Resoluciones del Congreso de Cádiz, mayo de 1976*, Madrid, Akal, 1976, pp. 13-23; «Por la conquista de las libertades», *El Socialista* (10-IV-1976), p. 6. Sobre la FETE, véase LUIS MARTÍN, Francisco de: *La FETE (1939-1982). De la represión franquista a la transición democrática*, Madrid, Tecnos, 2009, pp. 232 y ss. No obstante, mucho antes de esta fecha, en secciones habituales de *El Socialista* como «Teoría marxista» o «Doctrina socialista», empezó tímidamente a usarse la historia del partido como instrumento al servicio del presente, si bien no se elaboró por entonces una estrategia sistemática y premeditada de reconstrucción *historicista*.

²¹ HOBBSAWM, ERIC y RANGER, Terence (eds.): *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 8 y 19; LOWENTHAL, David: *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998, pp. 7 y 10.

«los modelos sociales para los que se habían diseñado las 'viejas' tradiciones». El PSOE, ese «viejo y nuevo» partido, que había entreabierto la puerta a los vientos de modernidad que soplaban desde Europa, mientras, al mismo tiempo, conservaba intacta, según afirmaban sus dirigentes, la más pura tradición socialista, necesitaba imperiosamente, ante los profundos cambios que habían hecho tambalearse sus estructuras, «la sanción de lo precedente, de la continuidad social y la ley natural tal y como se expresan en la historia»²². Y como la sombra de lo que se avecina suele llegar antes que el hecho en sí, los jóvenes dirigentes sevillanos, Felipe González y Alfonso Guerra, precavidos, sujetaron con fuerza las riendas del partido y comenzaron la ardua tarea de respaldar sus acciones presentes y futuras con la sanción de la tradición. En octubre de 1976, cuando este proceso de «invención» de la tradición se estaba consumando, Pablo Castellano —considerado tan sólo hacía unos pocos años un «socialdemócrata» conservador y al que ahora se tachaba de «radical» —denunció indignado que «la imagen pública que hoy se ha dado del partido sea la del partido sucursalista con respecto a los intereses de la socialdemocracia europea o del socialismo reformista [...]: es una imagen que está empezando a desdecir [*sic*] de toda su historia»²³.

La primera entrega de la historia del PSOE, aparecida el 25 de mayo de 1976 en *El Socialista*, daba cuenta de la asamblea en la que se aprobó el primer programa del partido, al tiempo que hacía referencia a las posibles fuentes de inspiración del mismo: «El pequeño grupo de fundadores recibía documentación socialista de Lafargue y Guesde. Por Lafargue se conoció en España el *Manifiesto Comunista* y *El Capital*»²⁴. Según *El Socialista*, el programa aprobado constaba de tres partes: una introducción, en la que se «condensa lo esencial de la teoría marxista de la lucha de clases», y dos partes más extensas que contenían los llamados programas máximo y mínimo del partido. Como explicó en 1918 Juan José Morato —amigo y colaborador de Pablo Iglesias y, como éste, tipógrafo—, ya desde sus comienzos, se conjugaba en el programa del PSOE «una parte fija e invariable, que era el

²² HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence (eds.): *La invención de...*, *op. cit.*, pp. 8 y 11.

²³ «Informe de Pablo Castellano a la Agrupación Socialista Madrileña, previo al xxvii Congreso», en E. CHAMORRO, *Felipe González. Un hombre a la espera*, Barcelona, Planeta, 1980, pp. 259 y 260. Según le explicó Castellano a Tom Burns, ya en 1974 «el viejo partido de Pablo Iglesias [...], con motivo del Congreso de Suresnes y la elevación a la categoría de primer secretario de Felipe González, inicia un proceso que es un corte absolutamente radical con lo que es la historia del partido. Se podría afirmar en un lenguaje literario que el partido de Pablo Iglesias muere en 1974 y que en ese año nace un nuevo partido que es el partido *felipista*», BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el...*, *op. cit.*, pp. 223 y 224.

²⁴ La asamblea tuvo lugar el 20 de julio de 1879 en Madrid. «Historia del PSOE I. Los orígenes del partido», *El Socialista* (25-V-1976), p. 6. Sobre la estancia de Lafargue en España a principios de la década de 1870 y la labor de difusión de las teorías de Marx, su suegro, en nuestro país, véase PÉREZ LEDESMA, Manuel: *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 83-89.

ideal pleno», con otra «susceptible de ser modificada en todo momento y como aconsejaran la experiencia y las mudanzas de los tiempos»²⁵. La coexistencia de los programas máximo y mínimo —el significado de tal coexistencia— reflejaba una constante en la historia —posterior— del PSOE y del movimiento socialista internacional: la lucha exasperada que, desde los mismos orígenes del socialismo, se libraba dentro de su *conciencia*, escindida en dos mitades antagónicas, en «dos almas»²⁶ —una revolucionaria —programa *máximo*—, la otra reformista —programa *mínimo*— abocadas a permanecer en perpetua discordia²⁷. Para los redactores de *El Socialista*, sin embargo, y soslayando la contradicción que suponía colocar en el mismo cesto los frutos de la reforma y los frutos de la revolución, estas dos almas estaban íntimamente relacionadas a través de las buenas artes de la «dialéctica», un instrumento precioso legado al socialismo por la tradición marxista:

Entre los programas máximo y mínimo existe para los socialistas una interrelación dialéctica. A la luz del programa máximo se confecciona el programa mínimo o serie de reformas que posibilitan la conquista de posiciones más avanzadas y la consolidación organizativa de la clase trabajadora por estar en posición de lanzarse con éxito a la conquista del poder político. Es decir, las reformas económicas, políticas y sociales son un medio en el que actúan los socialistas para conseguir un fin: el socialismo²⁸.

Y del mismo modo que la dialéctica —concepto polivalente, que parece adquirir propiedades casi mágicas en los círculos izquierdistas del tardofranquismo— había servido a los fundadores del PSOE para ensamblar perfectamente dos piezas a todas luces contradictorias —los programas máximo y mínimo—, también podía servir a los jóvenes dirigentes socialistas para superar, de una vez para siempre, el eterno «dilema» «reforma o revolución», que ahora se había «transformado —gracias a una «pirueta» lingüística pergeñada por Felipe González y Alfonso Guerra— en la propuesta reforma y revolución». La vieja dialéctica marxista, vapuleada durante décadas por «polémicas banales»²⁹, estaba recuperando su brillo originario. «Restaurada» ahora por los jóvenes dirigentes sevillanos, podía usarse de nuevo como una herramienta eficaz con la que fabricar la resistente argamasa que man-

²⁵ MORATO, Juan José: *El Partido Socialista Obrero: génesis, doctrina, hombres, organización, desarrollo, acción, estado actual*, Madrid, Ayuso, 1976 [1918], p. 82. Sobre Juan José Morato, véase CASTILLO, Santiago: *Trabajadores, ciudadanía y reforma social en España. Juan José Morato (1864-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 2005.

²⁶ La expresión es de JULIÁ, Santos: *Los socialistas en...*, *op. cit.*, p. 427.

²⁷ Sobre el debate entre revolución o reforma y el revisionismo de Bernstein, véase KOLAKOWSKI, Leszek: *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución, La edad de oro*, Madrid, Alianza, 1985, vol. II, pp. 101-117.

²⁸ «Historia del PSOE I. Los orígenes del partido», *El Socialista* (25-V-1976), p. 6.

²⁹ «La incompreensión de la diferencia y complementaridad entre el objetivo y los métodos seguidos para llegar a él ha creado la polémica banal entre socialista y socialdemócratas», GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe y GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Partido Socialista Obrero...*, *op. cit.*, p. 28.

tendría unidas esas dos piezas contradictorias del programa primigenio del PSOE, todavía vigente en 1976. Felipe González y Alfonso Guerra se habían propuesto inyectar savia nueva en ideas ya decrepitas o deformadas por las *desviaciones* doctrinales en el seno del movimiento socialista. Creían haber restaurado el espíritu primigenio del marxismo. Creían ser los portadores, ¿quizá los únicos?, de una nueva concepción del marxismo que, precisamente, al despojarla de los pesados sedimentos que el tiempo había incrustado en su caparazón, había recobrado toda su pureza primigenia. Aseguraban los *sevillanos* que «la época de las profesiones de fe hace mucho que terminó para los socialistas».

El marxismo no es un dogma, no es una secta, es un método de análisis de la realidad y de la historia. Simultáneamente a los cambios de la realidad y la historia, la aplicación del método dialéctico ha modificado las conclusiones de los análisis. Por ello, nadie debe sorprenderse de que los cambios técnicos, sociales, políticos de la sociedad generen aportaciones teóricas y prácticas al marxismo que enriquecen los planteamientos y los resultados³⁰.

En definitiva, los jóvenes dirigentes socialistas —que habían repetido hasta la saciedad, y lo siguieron haciendo en los años venideros, que «nuestro modo de entender el marxismo no es dogmático, sino metodológico y dialéctico», que era necesario evitar «el mayor crimen» que contra el marxismo podía cometer «una organización socialista: el dogmatismo»³¹—, al adaptar la doctrina socialista a las condiciones cambiantes de los nuevos tiempos, como presumiblemente lo habría hecho el propio Marx, pues, «lo que importa no es repetir servilmente las sentencias del maestro —había dicho Besteiro—, sino conservar viva la fuente de su inspiración», creyeron ser los depositarios de la tradición marxista más genuina. Propugnaban un marxismo vivificado, rejuvenecido, el «marxismo de nuestro tiempo»³², que había recobrado la esencia de sus orígenes, que estaba conectado directamente con un pasado más puro y benigno, libre de las «desviaciones» del «centralismo burocrático» del este europeo y del «reformismo socialdemócrata» occidental. Influidos por las ideas autogestionarias del socialismo francés, por la Nueva Izquierda europea de los años sesenta, y por la vulgarización que ésta había

³⁰ *Ibidem*, pp. 26 y 27.

³¹ Intervención de Felipe González en el XXVII Congreso del partido, en GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso (ed.): *XXVII Congreso del...*, *op. cit.*, p. 47. Algo parecido dijo Besteiro en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1935: «No es un marxismo dogmático y estático lo que hay que mantener en pie, sino un marxismo crítico y dinámico, como fue durante toda su vida el marxismo de Carlos Marx», citado en BUSTELO, FRANCISCO, PECES-BARBA, GREGORIO, VICENTE, CIRIACO de y ZAPATERO, VIRGILIO: *PSOE. Partido Socialista...*, *op. cit.*, p. 125.

³² GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe y GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Partido Socialista Obrero...*, *op. cit.*, p. 26.

hecho de las obras de pensadores marxistas como Herbert Marcuse³³, la mayoría de los jóvenes dirigentes socialistas españoles decían sentir una repulsa hacia el capitalismo que, en el tono, se parecía más a las disertaciones de juventud de Marx y Engels que a la *vulgata* marxista reelaborada posteriormente a la muerte de éstos por sus *continuadores*.

En el capitalismo moderno, «la sociedad tecnificada, casi automatizada, quiere homogeneizar a los hombres, los quiere *standarizar*» —comentaban a principios de 1977 Felipe González y Alfonso Guerra parafraseando al joven Marx de los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844—. Los hombres se esfuerzan por su inserción en el mundo codificado por la sociedad. Sin embargo, cada hombre quiere romper esa homogeneidad, afirmar su personalidad, alcanzar, en alguna medida, una originalidad que dé sentido a su existencia³⁴. En *El Capital*, Marx había descrito el capitalismo como un gigantesco y complejo acto de *separación*, de *aislamiento*, que alienaba al hombre de su entorno natural y deshumanizaba las relaciones sociales. El capitalismo *separa* la utilidad de los productos, «valor de uso», que el hombre fabrica para su subsistencia —alimentos, vestidos, herramientas, edificios, etc.— y los convierte en simples medios para efectuar un cambio. Los alimentos o los vestidos no son ya algo que sirva únicamente para comer o ponerse, sino algo que debe ser vendido: se convierten en meras mercancías, «valor de cambio»³⁵. Al mismo tiempo, el hombre —es decir, el productor de los valores de uso— se encuentra separado, aislado, del resto de los hombres y de la sociedad que organiza la producción de mercancías. El hombre, el productor de los valores de uso, vende al capitalista —él mismo, como el trabajador, también víctima de la alienación— su propio trabajo, que adquiere una existencia independiente de él. La alienación:

Significa la subyugación del hombre por sus propias obras, que han asumido la función de cosas independientes. El carácter de mercancía de los productos y su expresión en una forma monetaria tiene por efecto que el proceso social de intercambio se regule por factores que operan independientemente de la

³³ Una breve y aguda interpretación de la influencia ejercida sobre la Nueva Izquierda europea por los escritos del joven Marx y por las modernas aportaciones desde los campos del psicoanálisis y del existencialismo puede consultarse en GSSERT, Philipp: «Narratives of Democratization: 1968 in Postwar Europe», en M. Klimke y J. Scharloth (eds.), *1968 in Europe: A History of Protest and Activism, 1956-1977*, New York, Palgrave Macmillan, 2008, pp. 312-316. Sobre la autogestión francesa, véase el magnífico artículo de COT, Jean-Pierre: «Autogestion and Modernity in France», en B. E. Brown (ed.), *Eurocommunism and Eurosociatism. The Left Confronts Modernity*, Nueva York, Cyrc Press, 1979, pp. 67-103. Para la Nueva Izquierda europea, véase el estudio clásico de TEODORI, Massimo: *Las nuevas izquierdas europeas (1956-1976)*, 3 vols., Barcelona, Blume, 1978.

³⁴ GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe y GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Partido Socialista Obrero...*, *op. cit.*, p. 26.

³⁵ Cf. MARX, Karl: *El Capital. Crítica de la economía política*, Madrid, Akal, 1976, Libro I, T. 1, pp. 55 y ss.

voluntad humana, a la manera de leyes naturales [...] La esclavitud de la colectividad en relación a sus propios productos determina el mutuo aislamiento de los individuos³⁶.

Para Felipe González y Alfonso Guerra, la alienación marxiana es *standardización* y homogeneización, producida por el capitalismo moderno que automatiza y tecnifica las relaciones humanas. Sólo el socialismo puede ayudar al hombre moderno a romper con «esa homogeneidad» y «afirmar su personalidad». Sólo la *dialéctica* socialista tiene la capacidad de transformar totalmente la existencia humana, porque está basada en las *leyes de la Historia*, en el marxismo como método de análisis de la realidad histórica —pasada, presente y futura—. Únicamente a través de ella el hombre recuperará su esencia, su dignidad, como especie y como individuo particular: «el hombre tiene derecho a ejercer su personalidad, su diferencia»³⁷.

Según esta interpretación, el «marxismo de nuestro tiempo» —entendido como «método no dogmático de análisis»— iba a ayudar a los jóvenes dirigentes socialistas —como la «vieja concepción del marxismo» lo había hecho con los fundadores del partido— en la ardua, pero ineludible, tarea de «construir, conscientemente, la historia futura», de construir «un modelo de sociedad en que todas las manifestaciones de convivencia de los hombres [...] integren, armónicamente, a cada persona en la sociedad en que vive»³⁸. La luz del pasado había mostrado a los socialistas el sendero del futuro. El PSOE, aseguraban sus dirigentes más *conscientes*, había vuelto sobre las huellas de la tradición, había recuperado los viejos principios del partido —debidamente purificados del lastre de la edad y adaptados a los nuevos tiempos—, había rescatado la versión más genuina del marxismo, con el propósito expreso de «cambiar la vida» de los trabajadores españoles, que habían luchado —especialmente los socialistas— por «la consecución de un orden, cada vez menos injusto en la convivencia social, que les permitiera aspirar al máximo de felicidad». Aspirar al máximo de felicidad: qué si no eso era el socialismo según lo había *reformulado* el joven Marx en los *Manuscritos* de 1844 —y según lo había entendido —así se expresaba en la prensa del PSOE— el histórico Partido Socialista—. Aspirar al máximo de felicidad, erradicar la alienación del hombre, alcanzar lo que otros muchos habían intentado, pero jamás nadie había logrado, como afirma Santos Juliá, «ellos [los dirigentes socialistas españoles] iban a ser los primeros»: «la construcción de una [verdadera] sociedad socialista»³⁹. Y todo, gracias a que el PSOE se había mantenido firme en sus principios, había sido fiel

³⁶ KOLAKOWSKI, Leszek: *Las principales corrientes...*, op. cit. Vol. 1. *Los fundadores*, p. 182.

³⁷ GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe y GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Partido Socialista Obrero...*, op. cit., p. 26.

³⁸ GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Socialismo es libertad...*, op. cit., p. 167.

³⁹ *Ibidem*, pp. 167 y 168; la expresión es de JULIÁ, Santos: *Los socialistas en...*, op. cit., p. 425.

a su historia, a pesar de las duras condiciones en la que tuvo que subsistir bajo la larga dictadura franquista. Había vuelto la mirada hacia el pasado —sin perder de vista el camino que les iba a conducir a un destino más luminoso— y se había reconocido a sí mismo: se sentía orgulloso, satisfecho por sus logros pasados, y por los que habrían de venir.

La Historia como fuente de arquetipos útiles

Aparte del marxismo —que se iba a convertir en los años venideros en un tema de primer orden para el PSOE, más desde un punto de vista simbólico que teórico—, un aspecto de la historia del partido que preocupaba a sus dirigentes era el tipo de relación que debían mantener con otras fuerzas políticas. Si en 1976 era manifiesta la necesidad de colaborar con otros partidos, incluso con partidos «burgueses» claramente conservadores, con el fin de alcanzar la tan deseada «ruptura democrática», a la luz de la historia del socialismo español, ¿en qué términos debía llevarse a cabo y hasta dónde debía llegar tal colaboración? ¿Comprometería semejante colaboración la autonomía del PSOE? La participación de los socialistas en las instituciones «burguesas», una vez alcanzadas las «libertades formales», ¿no desviaría al PSOE de su fin supremo y lo arrastraría por la senda *aberrante* de la socialdemocracia? Para buscar las respuestas a estas preguntas —o, mejor, fundamentar las respuestas que previamente se habían confeccionado—, los dirigentes socialistas se aprestaron de nuevo, con avidez, a beber de las inextinguibles fuentes del pasado.

Los treinta primeros años de vida del PSOE —durante los cuales el partido adoptó «la lucha de clases» como estrategia política— estuvieron marcados por una especie de retraimiento político *voluntario*. Fueron «décadas de organización y aislamiento» en las que el PSOE denunció «a los partidos burgueses, incluso [a] los más progresistas, como un señuelo peligroso para los trabajadores a los que pretenden uncir al carro de la burguesía»⁴⁰. Pero a partir del verano de 1909 —tras los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona—, aunque «la política electoral» que practicó el partido siguió siendo «de independencia de clase», este aislamiento político al que *voluntariamente* se había sometido desde su fundación se rompió. Para entonces, el recelo hacia los partidos «burgueses» se había atenuado un tanto. En noviembre los socialistas se asociaron a los republicanos, conjunción republicano-socialista, —de los que siempre habían desconfiado de un modo singular, puesto que «pescaban en las mismas aguas que el PSOE y podían seducir a más de un despistado»⁴¹— para acudir juntos a las elecciones de 1910. Esta alianza con los republicanos, gracias a la cual los socialistas consiguieron su primer y único

⁴⁰ *Ibidem*, p. 15; «Historia del PSOE I. Los orígenes del partido», *El Socialista* (25-v-1976), p. 6.

⁴¹ VILLARES, Ramón y MORENO LUZÓN, Javier: *Historia de España* (dirigida por J. Fontana y R. Villares). Vol. 7, *Restauración y Dictadura*, Barcelona, Crítica y Marcial Pons, 2009, p. 394.

diputado Pablo Iglesias, se justificó entonces, y también en 1976, apelando a la labor de «propaganda» y zapa contra el capitalismo que el PSOE podría llevar a cabo al «infiltrarse» en el corazón mismo de ese sistema, el «Parlamento burgués». Ahora, pues, y aunque el recelo hacia los partidos burgueses se había transferido de forma natural al parlamento «burgués», éste serviría al PSOE, «sin perjuicio de las mejoras inmediatas que puedan obtenerse», de «tribuna desde la que hace oír su voz, lugar para la demostración práctica de que la única solución a los problemas de la clase obrera es el cambio radical de la sociedad burguesa sustituyéndola por la sociedad socialista»⁴². Visto así, para la dirección de *El Socialista* de 1976, «la actuación de Iglesias en el Parlamento» se había revelado «modélica, siendo su método la aplicación en todo momento de los programas del Partido». Pero, con Pablo Iglesias en el Parlamento, irrumpía por primera vez en el movimiento socialista español el eterno debate entre «el fin y los medios», con que lograr ese fin, la dialéctica «esquizoide»⁴³ del socialismo que pretendía aunar en un sólo movimiento reforma y revolución, el enfrentamiento antagónico, pero necesario, entre el programa máximo y el programa mínimo.

El PSOE había adoptado a principios de siglo una política de colaboración con las instituciones burguesas que otros partidos socialistas europeos llevaban décadas practicando. Comenzaron a imaginar que «la defensa de la democracia y [las] libertades formales» o «la utilización del Parlamento burgués» podrían ser los *medios* con los que, en un momento más o menos lejano, alcanzar una «futura y más completa democracia: el socialismo»⁴⁴. El socialismo, ése era el *fin* último; y en 1976 los dirigentes del PSOE se conjuraron para no perder nunca de vista ese objetivo, aunque se sintiesen tentados a abandonar —como lo había hecho la socialdemocracia europea, aseguraban atónitos— su espíritu revolucionario en aras de una cómoda connivencia con el capitalismo corruptor. No podía olvidarse que, si en el pasado (desde 1909) las alianzas con los partidos burgueses —en las que el PSOE había salvaguardado escrupulosamente la independencia del partido— habían sido frecuentes, esas alianzas —muchas veces «traicionadas» por la burguesía, al sentir ésta «al proletariado en pie y vislumbrar su protagonismo»—, únicamente se consumaron, según se recordaba en *El Socialista*, para «producir lo que hoy denominamos una ruptura democrática»⁴⁵. El objetivo inmediato en 1976 (como en 1910, en 1917 o en 1930) era, por tanto, alcanzar o «reconquistar

⁴² «Historia del PSOE III. Política electoral y política antibelicista», *El Socialista* (25-VI-1976), pp. 6 y 7.

⁴³ Para unas interesantes declaraciones hechas a este respecto por Felipe González unos meses antes de ganar las elecciones de octubre de 1982, véase GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Un estilo ético. Conversaciones con Víctor Márquez Reviriego*, Barcelona, Argos Vergara, 1982, pp. 78 y 79.

⁴⁴ «Historia del PSOE III. Política electoral y política antibelicista», *El Socialista* (25-VI-1976), pp. 6 y 7.

⁴⁵ «Historia del PSOE IV. Huelga general de 1917», *El Socialista* (10-VII-1976), p. 6.

las libertades»⁴⁶. Pero las «libertades formales» únicamente representaban para el PSOE un paso más —aunque importante— en la consecución de su objetivo final, un alto en el camino en el que tomar aliento para proseguir el largo viaje hacia el socialismo. El PSOE de 1976 declaró que no tenía intención de instalarse definitivamente en ese estadio intermedio (la democracia «burguesa»); decía rechazar la visión «gradualista y pragmática» de la socialdemocracia, del mismo modo que se negaba a rendir pleitesía al «socialismo realmente existente» de la Unión Soviética. Como se explicaba en *El Socialista*, «la imagen» del PSOE (*renovado*) era la de «un partido que volvía a sus fuentes defendiendo un socialismo tan distante de las posiciones socialdemócratas como del centralismo burocrático de los países del Este»⁴⁷.

Pero si la participación del PSOE en las instituciones burguesas desde principios de siglo se veía en 1976 como un mal necesario, moralmente admisible para un partido que aspiraba a lograr las «libertades formales» como un medio para la consecución del socialismo, los jóvenes dirigentes del partido, que defendían «la libertad [...] como el patrimonio privilegiado de los socialistas» y que habían adoptado la proposición «Socialismo es libertad» como lema de su XXVII Congreso⁴⁸, mal podían digerir la colaboración de sus venerables antepasados con el régimen dictatorial surgido en 1923 fruto del pronunciamiento del general Primo de Rivera en la madrugada del día 13 de septiembre. Como afirma Tom Burns, tras la condena que el mismo día 13 hicieron del golpe militar el PSOE y el «sindicato hermano», «en junio de 1924 la UGT acordó colaborar con el Consejo de Trabajo, creado por la dictadura del general Primo de Rivera, con el fin, no confesado, de arrinconar a su rival anarquista, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT)»⁴⁹. En el artículo de *El Socialista* dedicado al tema no se menciona, por supuesto, este hecho, del mismo modo que no se hace alusión a la represión lanzada contra la CNT por el régimen y los beneficios que la UGT pudo haber obtenido ante la aniquilación política de su rival más poderoso. Según se explicaba en *El Socialista*, el PSOE y su sindicato, «ante el dilema de destrozar sus organizaciones en un enfrentamiento para el que no se tenían fuerzas suficientes, y a la más que probable soledad en su lucha —muy reciente estaba la desertión de la burguesía en 1917—», optó por replegar sus efectivos: «se prefiere salvar la organización y recomponer sus fuerzas

⁴⁶ *Ibidem*; «Historia del PSOE VI. la República», *El Socialista* (10-VIII-1976), p. 6; «Historia del PSOE IX. La Represión», *El Socialista* (25-IX-1976), p. 6.

⁴⁷ «Historia del PSOE X. La renovación socialista», *El Socialista* (10-25-X-1976), p. 6.

⁴⁸ GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe y GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Partido Socialista Obrero...*, *op. cit.*, p. 25.

⁴⁹ «El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores exponen su actitud ante la opinión pública», *El Socialista*, (13-IX-1923), p. 1; «Historia del PSOE V. La escisión. Bajo la dictadura de Primo de Rivera», *El Socialista* (25-VII-1976), p. 7; BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el...*, *op. cit.*, n. 1, p. 223.

para presentar la batalla en el momento más oportuno». Esta actitud quedaba justificada en el artículo apelando a la autoridad de Antonio Ramos-Oliveira, periodista y diplomático socialista exiliado en México, que había escrito una *Historia de España* en tres volúmenes donde reflexionaba sobre el fracaso de la República y las causas de la Guerra Civil: «En dictadura o en democracia no hay más que dos salidas para un revolucionario avisado: la subversión franca o la filtración cautelosa dentro del sistema para minarlo». «Esta segunda —añaden lacónicamente los autores del artículo— sería la posición adoptada por los socialistas»⁵⁰.

Otras publicaciones socialistas de 1976 hacen alusión, si bien muy brevemente, al periodo de la dictadura de Primo de Rivera. Francisco Bustelo, Gregorio Peces-Barba, Ciriaco de Vicente y Virgilio Zapatero, en una obrita aparecida en mayo, ventilan el asunto en dos líneas: «En 1923 [...] las organizaciones obreras conocieron una vez más la prohibición, la persecución y la cárcel»⁵¹. Felipe González, en la «breve historia» del PSOE que ofrece al lector en *Qué es el socialismo*, evita tratar la década de 1920, y, «por no citar más que los momentos históricos cruciales», pasa directamente a relatar la participación del PSOE en 1930 «en el proceso de lucha contra la desacreditada Monarquía»⁵². Ni una sola mención a la actitud condescendiente de las organizaciones socialistas, influidas por Besteiro y por sindicalistas pragmáticos como Manuel Llaneza o Largo Caballero, con la dictadura. Ni una sola mención al nombramiento de este último como vocal del Consejo de Estado⁵³.

Como toda herencia, la del PSOE se mostraba a la vez provechosa y funesta. Y si los socialistas anhelaban presentar un legado sin tacha que inspirase los corazones de sus militantes —los actuales y los futuros—, era necesario mantener en la penumbra o maquillar adecuadamente la cara más censurable —desde la perspectiva de 1976— de esa herencia. La «reformulación» *historicista* promovida desde la dirección de *El Socialista* fue una oportunidad única para reparar los errores y corregir las faltas del pasado, y ayudó al PSOE a diluir sus recuerdos más traumáticos. Si la colaboración de la UGT con las instituciones de la dictadura suponía una pesada carga para la

⁵⁰ «Historia del PSOE v. La escisión. Bajo la dictadura de Primo de Rivera», *El Socialista* (25-VII-1976), p. 7. Sobre la *Historia de España* de Ramos-Oliveira, véase PASAMAR, Gonzalo: «Las «historias de España» a lo largo del siglo XX: las transformaciones de un género clásico», en R. García Cárcel (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 334 y 335.

⁵¹ BUSTELO, FRANCISCO, PECES-BARBA, GREGORIO, VICENTE, CIRIACO de y ZAPATERO, VIRGILIO: *PSOE. Partido Socialista...*, op. cit., p. 21.

⁵² GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Qué es el socialismo*, op. cit., pp. 40 y 41.

⁵³ Sobre la ambigüedad que el socialismo mostró hacia la dictadura de Primo de Rivera y las dos tendencias que se fueron perfilando dentro del movimiento socialista, una favorable al entendimiento con el régimen, encabezada por Largo Caballero y Besteiro, y otra completamente hostil, representada por Teodomiro Menéndez y por Indalecio Prieto, véase ANDRÉS GALLEGO, José: *El socialismo durante la Dictadura, 1923-1930*, Madrid, Tebas, 1977, pp. 59-65 y 263-265; y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid, Alianza, 2005, pp. 226-33.

conciencia de los socialistas, éstos tenían que desprenderse de ella o, al menos, como hicieron con el espinoso tema de la Revolución de Asturias de 1934, debían ofrecer a los militantes (y a los futuros votantes) una interpretación «conveniente».

Francisco Bustelo y sus colaboradores concibieron en 1976 la participación socialista en la Revolución de Asturias como una *excepción* en la historia del PSOE. Los socialistas siempre habían defendido «ideas de libertad y fraternidad». La violencia sólo podía justificarse como «un recurso extremo a más no poder», a la que únicamente había que invocar «cuando realmente se haya agotado cualquier otra vía o en casos, claro es, de autodefensa»⁵⁴. En el periódico del PSOE y en los escritos de Felipe González y Alfonso Guerra se subrayó el carácter preventivo (y «defensivo») de la insurrección de octubre de 1934. «La coyuntura era singularmente amenazadora», y, «ante el avance del fascismo en Europa, que en España se infiltraba en el poder, el movimiento obrero no quiere ser derrotado sin lucha»: la insurrección «era la única alternativa que tenía en aquellos momentos la clase trabajadora»⁵⁵. Los redactores de *El Socialista* explican, además, que en enero de 1934 el partido había diseñado un «programa radicalizado», que preveía «importantes nacionalizaciones», y en el que se optaba «por medidas de acción encaminadas a preparar un movimiento revolucionario, haciéndose cargo del Gobierno el PSOE y la UGT, con participación de aquellos que cooperasen directamente en la revolución»⁵⁶. Pero la responsabilidad última de tal «radicalización» no podía achacarse al conjunto del movimiento socialista, se insinuaba. «La contribución teórica a la revolución» se hizo «desde la revista *Leviatán*, dirigida por Araquistáin, y *Claridad*, órgano de la posición largocaballerista». Largo Caballero y Araquistáin, ahora «radicalizados», eran, por tanto, los inductores espirituales de la insurrección, y, como tales, los máximos responsables, según la dirección de *El Socialista* —que se había propuesto «recrear» el pasado basándose en los valores del presente—, de la excepcional «desviación» hacia la acción violenta emprendida por un sector del socialismo en octubre de 1934. No obstante, claro está, Largo Caballero y Araquistáin no podían tomarse, venía a decirse desde el periódico socialista, como los representantes fidedignos de la más genuina tradición socialista: constituían una «anomalía» en la historia del PSOE y la UGT, y, por ello, fueron estigmatizados en 1976 como arquetipos negativos. La dirección de *El Socialista*, que, como hemos visto, se había impuesto la tarea de interpretar la historia del PSOE de un modo «conveniente» para su causa, no podía

⁵⁴ BUSTELO, FRANCISCO, PECES-BARBA, GREGORIO, VICENTE, CIRIACO DE Y ZAPATERO, VIRGILIO: *PSOE. Partido Socialista...*, op. cit., p. 119.

⁵⁵ GONZÁLEZ MÁRQUEZ, FELIPE: *Qué es el...*, op. cit., p. 41; GONZÁLEZ MÁRQUEZ, FELIPE Y GUERRA GONZÁLEZ, ALFONSO: *Partido Socialista Obrero...*, op. cit., pp. 16 y 17; «Historia del PSOE VI. La República», *El Socialista* (10-VIII-1976), p. 6; «La Revolución de Asturias y los socialistas», *El Socialista* (segunda quincena de enero de 1975), p. 8.

⁵⁶ «Historia del PSOE VII. La revolución de 1934», *El Socialista* (25-VIII-1976), p. 6.

consentir que dirigentes como Largo Caballero —antes «pragmático» colaborador de la dictadura y ahora revolucionario «radicalizado»— pasasen a representar emblemas de identidad para los jóvenes militantes socialistas. Largo Caballero no podía permanecer en el «santoral» socialista al mismo nivel que Pablo Iglesias —«realmente el hombre importante del socialismo español», según Alfonso Guerra— o que Julián Besteiro, un socialista con el que «la historia» había «sido muy injusta»⁵⁷.

Como confesó mucho más tarde Alfonso Guerra a Tom Burns, «cuando yo empecé a conocer el socialismo, el santoral estaba compuesto por todos pero cada uno tenía su santo predilecto. Uno era *besterista*, otro era *caballerista* y así sucesivamente». Y esto era, presumiblemente, lo que el director de *El Socialista* quería evitar en 1976: que cada uno tuviese su santo predilecto. A partir de ahora, la ortodoxia oficial establecida en el periódico socialista marcaría la pauta a seguir en todo lo referente a la historia del partido. Ya no era aconsejable dispersar la devoción en un sinnúmero de santos. Precisamente, la «reconstrucción» *historicista* promovida desde el periódico socialista había proporcionado los medios para intentar acabar de una vez por todas con este estado de cosas. Ahora, los militantes empezaban a tener una idea clara de a quién tenían que venerar y quién no era digno de que se le rindiese culto. Entre estos últimos, como hemos visto, se encontraba Largo Caballero, «muy habilidoso», pero, según le comentó Alfonso Guerra a Tom Burns, «lleno de errores». En cambio, Besteiro, «un hombre ético, de gran integridad», que «llegó al socialismo tras profundos estudios del marxismo»⁵⁸, y que a pesar de su templanza, de su «moderación», nunca había renunciado al objetivo último del socialismo, ese sí era digno de ocupar la primera fila del panteón socialista junto a Pablo Iglesias.

«Besteiro fue un ejemplo de militancia socialista» —se aseveraba en dos artículos aparecidos en septiembre de 1976 como conmemoración de su muerte hacía treinta y seis años—, que:

Al lado de sus contemporáneos, Prieto y Largo Caballero —el pragmatismo político y la postura radical—, y en contraste con el politizado apasionamiento que seguía a ambos, [...] encarna el equilibrio intelectual y la coherencia ética, que le ganan el respeto y la admiración de unos y otros, no sólo dentro del campo socialista, sino entre todas las personas de buena voluntad.

Estos artículos sobre Besteiro, que ensalzaban su «figura gigantesca», convertida en «un mito que nadie ha podido borrar», pero que no formaron parte de la Historia del PSOE publicada en *El Socialista*, ocupaban, sin embargo, un lugar privilegiado en el proceso de «invención» de la tradición puesto en marcha desde mayo de 1976⁵⁹.

⁵⁷ Alfonso Guerra a BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el...*, op. cit., p. 124.

⁵⁸ «Besteiro, 36 años después», *El Socialista* (10-25-IX-1976), p. 7.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 7; «Julián Besteiro. La difícil moderación del socialismo», *El Socialista*, (25-IX-1976), p. 7. Sobre Besteiro, véase LAMO DE ESPINOSA, Emilio: *Filosofía y política en Julián Besteiro*, Madrid,

Antes de que los socialistas fuesen presentados formalmente a la sociedad española en su XXVII Congreso, era necesario extraer de la historia del PSOE arquetipos útiles fácilmente adaptables a la nueva imagen que del partido se quería transmitir. Quizá la personalidad menos controvertida —la que, también es verdad, menos pasiones había desatado— y la más *conveniente* a los intereses presentes del partido fuese la de Julián Besteiro. Y, muy probablemente, los estrategas del partido se fijaron en Besteiro para potenciar, a partir de la recreación mítica de su figura, un nuevo «culto a la personalidad» del joven Primer Secretario, Felipe González, con quien tácitamente se lo comparaba⁶⁰. Después de cuarenta años de dictadura que privaron al PSOE del arraigo en las comunidades y las organizaciones obreras, el partido necesitaba, para robustecer su personalidad y consolidar su liderazgo como aglutinante de todas las tendencias del socialismo español, «crear plataformas de autofortalecimiento»⁶¹. El recién estrenado culto a la personalidad en torno al liderazgo de Felipe González, apoyado en la identificación del nuevo PSOE con la tradición del socialismo español —*debidamente* interpretada para que sirviese a tal fin— constituían los cimientos básicos de una de esas plataformas, la que había llevado al partido a reconstruir «definir» su identidad.

En Felipe González, como en Besteiro, estaban representados los valores del socialismo tradicional según los había reformulado la dirección de *El Socialista*. La imagen que se quiso transmitir de Felipe González era, aunque modernizada, «la imagen de austeridad, el idealismo de hombres libres, iguales, honrados e inteligentes que fue el legado del pablismo»⁶². Y si Besteiro «había sido elegido para sustituir al Abuelo [Pablo Iglesias]» al frente del PSOE y la UGT, ahora era Felipe González el que debía ponerse al frente del movimiento socialista —de todo él, no sólo del PSOE—. Felipe González era el líder carismático que estaba llamado a ocupar el gran vacío dejado por Pablo Iglesias y por Besteiro. Era el pastor que apacentaría los rebaños dispersos del socialismo español para reunirlos en un gran PSOE. Un PSOE rejuvenecido por la recuperación del marxismo más puro, fortalecido por la savia nueva que sus jóvenes dirigentes habían inyectado en su columna vertebral y por los aportes que, no muy tarde —los *sevillanos* estaban seguros de eso—, confluían en él desde otros grupos socialistas.

Cuadernos para el Diálogo, 1973. Sobre el proceso de conversión de Besteiro en mito, véase el prólogo que Tierno Galván hizo para DÍAZ, Carlos: *Besteiro. El socialismo en libertad*, Madrid, Silos, 1976.

⁶⁰ Pablo Castellano denunció en un informe enviado a la Agrupación Socialista Madrileña antes de celebrarse el XXVII Congreso el hecho de «que nuestra organización se haya convertido en una organización de liderazgo y de culto a la personalidad», CHAMORRO, Eduardo: *Felipe González. Un hombre a la espera*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 259.

⁶¹ La expresión es de Felipe González, aunque la usa en otro sentido; cf. GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Un estilo ético...*, *op. cit.*, 1982, p. 88.

⁶² BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el...*, *op. cit.*, p. 262.

Los beneficios del pasado: recapitulación

En 1976 el PSOE, «renovado» echó la vista atrás con el propósito declarado de reivindicar en exclusiva la tradición socialista frente a «la proliferación de las expresiones socialistas nacidas fuera de nuestras siglas»⁶³, pero también ante la pujanza del PCE como líder indiscutido de la lucha antifranquista. Desde la dirección de *El Socialista*, además, se aspiraba, sin confesarlo, a «romper con la dureza de una imagen histórica»: «descubrimos [desde el *Instituto de Técnicas Electorales* promovido por Alfonso Guerra] que la gente tenía tanto rechazo al saludo fascista del brazo en alto como lo tenía al puño en alto [...] Había que romper con eso»⁶⁴. Y la mejor forma de hacerlo era triturar esa imagen histórica para volver a reconstruirla convenientemente. El PSOE necesitaba proveerse de una «identidad de recambio»⁶⁵ que modernizase y dulcificase el contenido de su «legado centenario». A tal fin respondió el proyecto de «invención» de la tradición puesto en marcha en mayo de 1976 desde las páginas de *El Socialista*.

El PSOE no podía abjurar públicamente de Pablo Iglesias, el padre fundador del partido, como lo había hecho con Largo Caballero —y, en parte, con Prieto—, aunque, de labios para adentro, muchos dirigentes socialistas reconocieran que «con Pablo Iglesias tenemos muy poco que ver, afortunadamente»⁶⁶. Como tampoco podía abjurar del marxismo —por motivos simbólicos y tácticos, más que ideológicos—, a pesar de que, como explicó Bustelo en 1996, el PSOE «nunca había sido explícitamente marxista»⁶⁷. Sin embargo, sí se podía predicar el advenimiento de un nuevo marxismo, el «marxismo de nuestro tiempo» —adecuadamente expurgado, según se afirmaba, de toda rigidez doctrinal: es decir, dotado de la flexibilidad suficiente para adecuarse a los intereses presentes del partido—; del mismo modo que se podía elevar a los altares del socialismo a Julián Besteiro, «un marxista sin dogmatismo» en quien —como en su «albacea» político, Felipe González— se compendiaban todas las virtudes del buen socialista, y del que el historiador británico Raymon Carr había dicho que daba la talla de un «reformista social victoriano en vez de un revolucionario marxista». Era «la difícil moderación del socialismo» —que llevó «Besteiro hasta el límite de su vida»— lo que el director de *El Socialista* y el Primer Secretario del partido admiraban y necesitaban del

⁶³ La expresión es de JULIÁ, Santos: *Los socialistas en...*, *op. cit.*, p. 440.

⁶⁴ Julio Feo a BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el...*, *op. cit.*, p. 370. Cf. FEO, Julio: *Aquellos años*, Barcelona, Ediciones B, 1993, pp. 33 y 34.

⁶⁵ La expresión es de PANEBIANCO, Angelo: *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, Madrid, Alianza, 2009, p. 79.

⁶⁶ Joaquín Arango a BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el...*, *op. cit.*, p. 101.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 255; ANDRADE BLANCO, Juan Antonio: «Del socialismo autogestionario a la OTAN: notas sobre el cambio ideológico en el PSOE durante la transición a la democracia», *Historia Actual On Line*, 14 (otoño 2007), pp. 99 y 100.

venerado líder histórico. Era esa moderación que se elevaba por encima «de los problemas meramente ideológicos, tan queridos por los intelectuales seudorrevo-lucionarios», la que los *sevillanos* perseguían con creciente ansiedad en los meses precedentes al XXVII Congreso del PSOE⁶⁸. De aquel congreso que, según explicó Alfonso Guerra hace unos años, «brotaría más tarde la teoría general del proyecto socialista para España», y en el que, «sin duda, había una radicalidad en las expresiones: se trataba de un Partido ilegal en una realidad política no democrática»; pero en el que, «haciendo abstracción de aquellas peculiares circunstancias, no es difícil rastrear entonces lo que significaría después la acción socialista en la sociedad democrática»⁶⁹.

En 1976, desde las páginas de *El Socialista*, el PSOE refractó la luz de la *Historia* «a través de los prismas de la política contemporánea»⁷⁰. Se buscaron en la tradición socialista referentes históricos que pudiesen acomodarse a las necesidades del presente. Se buscaron y se hallaron, aunque fuese en estado bruto y hubiera que limar sus asperezas. El PSOE acentuó las virtudes del pasado —a la vez que despejó sus brumas— para intensificar su autoestima y reforzar su identidad, del mismo modo que el aval proporcionado por la tradición impulsó sus intereses y sus acciones presentes y futuras. Las bondades del pasado abastecieron pródigamente en la primavera y el verano de 1976 la conciencia socialista, aunque, al mismo tiempo, el lado más nocivo de su herencia la atormentase. La dirección de *El Socialista*, cuando puso bajo custodia esa herencia, ya contaba con ello, y, haciendo de la necesidad virtud, intentó eliminar del subconsciente del partido toda referencia traumática, al tiempo que procuró corregir los errores y las faltas del pasado dando una interpretación «conveniente» de la historia del PSOE. Así pertrechados —con las gloriosas armas del pasado de nuevo relucientes y en perfecto estado para la batalla—, los socialistas se sintieron fuertes, seguros, presintieron que el destino les pertenecía. La luz del pasado —mensajera de un destino brillante— iba a iluminar el sendero del futuro, que, lejos de vislumbrar un horizonte revolucionario, se aprestaba a adiestrarse en «la difícil moderación del socialismo». Como confesó Felipe González a Víctor Márquez-Reviriego en 1982, apenas dos meses antes de que el PSOE consiguiese una abrumadora mayoría absoluta en las elecciones legislativas de octubre, «creo que es verdad lo que dice la Biblia de que la moderación es la virtud de los fuertes»⁷¹.

⁶⁸ «Besteiro, 36 años después», *El Socialista* (25-IX-1976), p. 7; BURNS MARAÑÓN, Tom: *Conversaciones sobre el...*, op. cit., p. 229; «Julián Besteiro. La difícil moderación del socialismo», *El Socialista* (25-IX-1976), p. 7.

⁶⁹ GUERRA GONZÁLEZ, Alfonso: *Cuando el tiempo nos alcanza*, Madrid, Espasa Calpe, 2004, p. 228.

⁷⁰ La expresión es de HOBBSAWM, Eric: *Los ecos de la Marsellesa*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 103-104.

⁷¹ GONZÁLEZ MÁRQUEZ, Felipe: *Un estilo ético...*, op. cit., p. 88.